

Perfecta mentirosa.

A mi abuela le gustaba contar mentiras. Y no mentiritas piadosas. Le gustaban las mentiras grandes, de esas que te cambian la vida cuando descubres la verdad. Le gustaba decir mentiras, pero también escucharlas. Me volvió una perfecta mentirosa apenas tuve uso de razón. Mentir se me da tan fácil como respirar. Una inhalación, un pedacito de mentira que sale. Una exhalación y el aire que sale impulsa a la mentira, la sopla, la lanza, la lleva lejos, le da nuevas posibilidades. Ser una buena mentirosa me ha vuelto peligrosa para otros. No hay mentira que se me pase; me sé todos los trucos.

Para ser una gran mentirosa es necesario contar historias factibles. Cosas sencillas, que te pudieran haber pasado. Tienes que agregar detalles, pero solo los necesarios para que otros se los crean. Si cuentas una mentira vaga, se va a notar. Pero si describes con preciso detalle el rostro del asaltante que te robó todo los contenidos de la mochila y te dejó sin tarea, es mucho más probable que te crean. Y que te lleven a la comisaría a hacer la denuncia. El truco está en dar los detalles justos. Por último, tal vez lo más importante. Las mejores mentiras siempre tienen un poco de verdad. Siempre.

De noche, sentadas cerca del brasero con sendas tazas de un chocolate caliente espeso que solo ella hacía bien, nos murmurábamos mentiras ida y vuelta. Yo inventaba mundos fantásticos y se los susurraba a oscuras en la casa de madera. Mi abuela escuchaba cada uno con atención y contraatacaba con el propio. A veces se repetían, porque eran los cuentos que le contaban a ella de niña o porque le gustaban mucho. Esta era su favorita de contar. La debo haber escuchado tantas veces que acabé por memorizarla. Nunca dudé de que fuese una mentira.

Había una mujer que se quedó viuda muy joven. No lloró. El día del funeral estaba de pie, tan fuerte como el acero sujetándole las manos a sus hijos que lloraban al padre. Esta misma mujer llevaba a esos niños a misa, pero no había caso. El

mayor era igual al padre, bueno para las mujeres y la buena vida. El menor seguía sin creer en dios.

Esta mujer no lloró porque sabía que tenía que ser firme por sus niños. Al menos, esa fue la versión oficial. La extraoficial era que Alfonsina, así se llamaba la mujer, no era la clase de persona que sufría en silencio y que algo estaba planeando.

El mismo día del funeral salió, aún de riguroso luto, con el abrigo largo de piel y los zapatos negros, y volvió varias horas después con un alto de biblias, papeles y velas. Nada extraño, considerando que mucha gente busca refugio en la fe tras una pérdida.

Para nosotros, los que sabemos de aquellas cosas, la verdad es evidente. Alfonsina no estaba buscando tranquilidad en la religión, sino que una forma de recuperar a su marido.

No se me espanten ¿De acuerdo? Existen precedentes claros. Si Orfeo pudo negociar con Hades y Lot y su esposa con Dios, ¿Por qué Alfonsina sería la excepción? Armada de amor por sus hijos y una férrea determinación, Alfonsina decidió su siguiente paso.

Existen muchas formas de invocar al malulo. Dicen que se aparece en un puente, por allá en el campo. Que hace tratos si se le invoca en la madrugada. Que busca almas en los funerales o que se aparece a los viajeros desprevenidos en los caminos.

Alfonsina había crecido escuchando estas historias. Por eso fue que cada noche durante la madrugada iba a pararse a un cruce de caminos en las afueras de la ciudad, cerca de donde se cultivaban higos. El camino estaba lleno de tierra y malezas, pero Alfonsina insistía en ponerse zapatos de tacón y su mejor abrigo. No le importaba tener que caminar por un camino no pavimentado, porque había

pasado toda su infancia en un pueblito de pescadores en el sur de Chile, donde el asfalto solo se veía en las revistas.

Eran otros tiempos y si alguien se enteraba que Alfonsina salía de noche tan pronto tras enviudar, hubiera sido juzgada duramente por los vecinos, así que no halló nada mejor que cubrirse de negro de pies a cabeza. Gracias a Alfonsina, los vecinos del barrio creían que la muerte rondaba por allí. Su figura alta y delgada, vistiendo un abrigo largo y suelto con capucha subida pasaba todas las noches por el barrio y los hacía temblar ante la idea de que se pudiese detener frente a sus puertas. Fue tanto el parecido que cuando a la pelada le tocó pasar por su lado, no le quedó otra que voltear asombrada porque creía estar viendo a su gemela. Solo el asombro de la muerte salvó a Alfonsina esa noche, porque de haber notado que era humana se la hubiese llevado también.

Así pasaron los días y pronto la brisa fría de mayo dio paso a los vientos huracanados de junio. Alfonsina se apretaba con más fuerza el abrigo y cambió los zapatos por botas, pero no alteró su rutina. ¿Qué por qué no lo invocaba si sabía cómo hacerlo? Porque Alfonsina sabía que el malulo no se aparecía si no quería hacerlo y había juzgado prudente esperar a que él se le acercara.

Y un día, Alfonsina tuvo suerte. O mala suerte. Depende de a quién le preguntes. Una noche, mientras Alfonsina fumaba un cigarrillo en la encrucijada, un hombre alto, todo vestido de negro le pidió fuego. Alfonsina, que lo había visto aparecer de la nada al pie de la higuera, supo que no sería sabio negarse.

La mujer metió la mano al bolsillo del abrigo y sacó el encendedor de la cigarrera. Se lo tendió en silencio.

“Viene seguido por acá. “ No era una pregunta. El hombre, si es que se le podía llamar así, le dio una sonrisa cruel. Alfonsina sintió que se le helaban los huesos. “¿Que quiere una dama como usted en un lugar como este?”

"Quiero a mi marido." Ordenó Alfonsina intentando sonar autoritaria.

"Mucha gente quiere muchas cosas. " Los ojos del hombre chispearon. Alfonsina se sorprendió ante lo guapo que era. Sin embargo, sus rasgos angelicales no conseguían ocultar su crueldad. "La pregunta es si está dispuesta a pagar el precio."

"Depende de lo que sea." Alfonsina dijo, intentando verse cauta. La verdad era que, fuese cual fuese el precio, estaba dispuesta a pagarlo.

"Se lo lleva, pero no mira hasta que lleguen a la ciudad."

"¿Y el precio?" Preguntó ella.

"La estaré esperando el día de su funeral" Contestó el hombre. Alfonsina volteó y comenzó a caminar.

Un viento frío levantó la tierra del camino y una docena de voces comenzaron a murmurar. Alfonsina siguió caminando. No le tenía miedo a las almas en pena. No había nada que ellos pudieran hacer contra su dueño.

"Llévame a mí." Susurraban "¡Ayúdanos!"

Los murmullos eran suficientes para enloquecer a cualquiera. Alfonsina comenzó a cantar en voz baja para darse valor. El ruido en sus oídos era tal que ni siquiera sabía que era lo que cantaba. Recordó a su madre, que rezaba las doce palabras redobladas para espantar al malulo cuando salía de trabajar de noche en la caleta.

Intentó recitarlas, pero su boca no se movía. Las palabras se le atravesaban en la garganta y la ahogaban. No encontraban salida en sus labios y se acumulaban en la boca, con gusto amargo.

Era parte del precio, se dio cuenta. Nunca más podría echar al patas de hilo cuando se le acercara.

Las voces seguían zumbando. Alfonsina cayó de rodillas y se cubrió la cabeza con las manos. Y de pronto una voz se separó del resto. Su voz.

“Alfonsina, gracias a Dios. “ La voz acalló a los murmullos y la abrazó por la espalda. Su cuerpo estaba caliente y olía a la colonia que había usado en vida. “Sabía que podía contar contigo, amor.”

Oír aquello le dio fuerzas. Alfonsina se puso de pie y aferró el cuchillo que llevaba bajo el abrigo. Ya no sabía si eran los murmullos los que hablaban o era su propio cerebro.

“...indigno.”

“Muerto.”

“Engaño.”

“...Otra mujer...”

“¿Recuerdas...?” Alfonsina tragó saliva. Aún le sabía amarga. ¿Se sentía así la traición? “¿Recuerdas... lo que te dije cuando nos... casamos?” Preguntó débilmente.

“¿Que siempre estarías para mí? “ Dijo él, dulcemente. Sonaba tan enamorado... ¿Cómo se podía ser tan buen mentiroso? A Alfonsina le hirvió la sangre.

“Que si me engañabas yo misma iba a matarte.” Y volteó, cuchillo en mano. Recordaría para siempre el terror de su expresión, los ojos bien abiertos de

sorpresa. Alcanzó a apuñalarlo en el estómago una vez antes de que se transformara en un pequeño montón de sal. Alfonsina dio un grito de rabia. De la existencia de su esposo ya no quedaba nada ante lo que ejercer venganza.

Oyó una risa fría y cruel junto a su oreja. Los murmullos volvieron a comenzar. Y ella corrió como si el mismísimo diablo la persiguiera, porque bien podría ser así. No paró de correr hasta que cerró la puerta de su casa y se encerró en su pieza.

Al día siguiente, supo porqué había tenido éxito. El periódico del día tenía por fecha 24 de junio.

¿Alguien ha escuchado alguna vez el dicho “Miente, miente que algo queda”? No diré que esta historia es cierta, pero tras la muerte de mi abuela, he comenzado a dudar sobre si es solo ficción.

Nunca conocí a mi abuelo y casi ni se le nombra en casa. Sé que mi papá lo adoraba, pero nunca habla de él. Su nombre se menciona entre murmullos y lo he oído discutir muchas veces con su hermano mayor, que ya va por su quinto matrimonio. Es como si el abuelo hubiese algo imperdonable a ojos de su hijo. Algo como lastimar a la mujer más importante de su vida. Algo como engañar a su esposa.

Mi abuela, antes de morir, se encargó de dejar todo pagado para una cremación y especificó que no quería un funeral. Dijo que quería irse de este mundo tal como había llegado. Inadvertida, silenciosa y sin nadie para festejarlo.

Y si eso no es suficiente para convencerlos, les contaré un secreto. Juraría que cuando fui a dejar flores unos meses después a la tumba de nuestra familia, vi por el rabillo del ojo a un hombre alto, de ojos oscuros y vestido de traje. Estaba de pie, observando tras un árbol y mirando con impaciencia un reloj antiguo. Como si esperara a alguien que se ha retrasado.

Lo que me convenció de su identidad fueron sus ojos. Los tenía como la obsidiana, helados y duros. Su boca portaba una sonrisa fría, a tan solo un gesto de volverse una de crueldad. Era tan parecido al hombre del cuento de mi abuela que era imposible que no fuese ese hombre. Todo calzaba tan bien con el relato y yo estoy segura que nadie que no lo hubiese visto en persona hubiera podido retratarlo con aquella viveza. Tal vez, mi abuela decía que era mentira para que yo no me asustara, porque mirando su figura recortarse contra el verdor de los árboles, no pude evitar el escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

Fue solo un segundo, un parpadeo apenas. Pero no puedo evitar pensar que era el malulo esperando a mi abuela y que ella una vez más consiguió burlarlo. Y estoy segura que la venganza le supo dulce hasta el último de sus días. Verán, mi abuela siempre decía que el más peligroso de los crímenes era mentir al perfecto mentiroso.

AP.